

ces con un gato. El animal se salía corriendo del agua cada vez que lo tiraban y el parroquiano decía:

—No caza, no caza.

El ratón le contestaba:

—El gato no caza, pero mi amo sí saca el grano de la tolva.

Otra vez el molinero le soltó los borricos a un parroquiano y mientras se fue a cogerlos le quitó el trigo de la tolva, cosa que notó al volver y callando fue y le soltó los gorrinos y mientras corría detrás de ellos recuperó su trigo y algo más. Al volver de encerrar los gorrinos, dice el molinero:

—Oye, me parece que aquí hay un ratón.

—No, dice el otro; lo que hay son dos.

* * *

Se deben, en esta aventura de puntualizar para la historia la estructura de los molinos de viento manchegos, especiales aportaciones a Chaves, que, aunque absorbido por lejanas y heterogéneas obligaciones, en cuanto percibe algo alcazareño que su arte puede resaltar, ya lo está haciendo. Pero cuenta en él tanto o más que su arte de dibujante ejemplar, su alegre disposición, su entusiasmo, su generosa entrega, que es lo que más vale y da a su aportación el carácter de verdadera colaboración, con ideas o iniciativas sugerentes que de hecho mejoran el conjunto de la obra a realizar.

No necesitaba nuestro querido Chaves que se resalten ahora sus méritos artísticos, largamente acreditados en el pueblo y fuera del pueblo en toda ocasión, pero aparte de ser de justicia es de necesidad a los fines de este trabajo, dejar bien claro que gracias al esfuerzo para comprenderlo y a las molestias de ir a verlo, podrán los venideros tener idea concreta de lo que era un molino por dentro y

cómo funcionaba, pues los dibujos que tan eficazmente ilustran este trabajo, son la consecuencia de su magnífica disposición y preparación en primer término y en segundo, de su entusiasmo, de su ilusión por realizarlo y legarlo a su pueblo.

En menor proporción, no por menor interés, sino porque más no fue preciso, hay que mencionar también al delineante alcazareño Romualdo Ortega Galisteo, de honda raíz lugareña, nieto del Calvillo y de las Canijas, que tiene hechos estudios minuciosos y meritorios de los molinos, con vistas a las reconstrucciones llevadas a cabo por el maestro albañil Miguel Muñoz. Ambos nos han asesorado y aportado la experiencia adquirida en la juguetería molinera, que no es poca.

Hay que agradecer, y mucho, sus aportaciones prácticas a Sotero —Francisco Camacho Barrileto—, cuya fotografía juvenil figura en estas páginas, y a Tiburcio —Francisco Cicuéndez Heras— guarda de los molinos de Criptana, con su sombrero de escarapela, pero guarda actual y molinero antiguo, que es lo que da aire a sus explicaciones por el conocimiento de causa.

La historia de Alcázar y la de los molinos manchegos guardará recuerdo de todos ellos con agradecimiento.

El lector curioso y detallista puede que eche de menos en esta descripción la referencia sucinta de los molinos que existieron y que fueron precisos para abastecer la despensa de nuestros antepasados.

En otras ocasiones se ha intentado puntualizarlos, tanto por parte nuestra como por el Ayuntamiento, siempre ateniéndose a los apuntes de Agustín Paniagua que juzgo incompletos, porque no hay cerro donde no se descubran res-